

El Quijote y el conocimiento de lo humano*

Juan Ramón de la Fuente**

Resumen: La literatura no nació para dar respuestas, sino para hacer preguntas, para inquietar, para abrir la inteligencia, la imaginación y la sensibilidad a las múltiples vertientes de la condición humana. Las ficciones literarias como las que nos muestra el *Quijote* no son meras fabulaciones, sino más bien una realización para su autor y una experiencia plena para sus lectores; porque, por delirantes que parezcan, hunden sus raíces en lo más profundo de la experiencia humana. Lo angustiante que puede ser a veces nuestra vida real, es decir, nuestra angustia vital, se abre para vivir, imaginariamente, otras experiencias que la ficción vuelve nuestras. Porque la vida real nunca ha sido ni será bastante para colmar todos los deseos humanos. Y porque sin esa insatisfacción vital de la «pasión por lo imposible», para muchos, sería difícil encontrar un auténtico equilibrio. La psicología de don Quijote rechaza las etiquetas, como las rechaza cualquier personaje literario complejo y multidimensional. Como ha escrito Carlos Fuentes en uno de los mejores ensayos sobre el tema: «don Quijote, el loco, está loco no sólo porque ha creído cuanto ha leído. También está loco por creer, como caballero andante, que la justicia es su deber, que la justicia es posible». La locura de don Quijote es el humanismo en una de sus mejores expresiones.

Don Quixote and an understanding of the human condition

Abstract: Literature did not come about as a way of seeking answers, but rather, as a way of posing questions, of expanding the intellect, the imagination, and the understanding of the multiple facets of the human condition. Literary fictions such as those we see in *Don Quixote* are more than just inventions; to the author, they are a source of fulfillment, and to readers, a profound experience because, ludicrous as they may seem, they are rooted in the deepest wells of human experience. Our real life, which can fill us with anxiety, even at the very fact of being alive, opens to a life composed of other imaginary experiences that fiction puts within our reach. For real life is not and never has been enough to satisfy all human yearnings, and many would find it difficult to achieve a genuine balance without that unfulfilled “love of the impossible” in their lives. Don Quixote’s psychology rejects labels, as does any complex, multifaceted literary character. In the words of Carlos Fuentes, “Don Quixote, the madman, is mad not only for believing everything he has read, but also for believing, as knights errant do, that seeking justice is his duty, that attaining justice is possible”. Don Quixote’s madness is humanism at its best.

Palabras clave: Don Quijote, Guanajuato, XVI Coloquio Internacional Cervantino, literatura, condición humana, psicología, medicina, humanismo. **Key words:** Don Quixote, Guanajuato, XVI Coloquio Internacional Cervantino, literature, human condition, psychology, medicine, humanism.

Panace@ 2005; 6 (21-22): 307-310

Introducción

Me es muy grato participar en este coloquio de invaluable valor para las letras españolas que Eulalio Ferrer ha organizado en Guanajuato, ciudad en la que ya su arquitectura, sus calles, su rica vida cultural, nos remiten invariablemente al tema del *Quijote*.

Apenas se llega a Guanajuato, la palabra «quijotesco» — con todo lo que implica de valioso para el saber y el comportamiento humano — empieza a estar presente, a configurar una temática y a condicionar una actitud; y basta poco tiempo para advertir que esa palabra tiene aquí un valor más específico. En efecto, en Guanajuato se tiene la clara percepción de que tanto el académico como el estudiante o el ciudadano común han expandido, como parte propia de su ciudad, esa cercanía — sensitiva, amistosa, laboral y hasta culinaria — con el famoso personaje que salió de la Mancha a pelear contra molinos de viento y a transformar la historia de la literatura. Aquí, festivales y coloquios han sacado la palabra «quijotesco» a la calle, la han puesto en la mano, en la boca, en la conversación y en el habla de la gente, con

gesto sencillo y cordial, y esa incorporación de la palabra al vocabulario cotidiano expresa lo que verdaderamente importa, que no es la palabra en sí, sino lo que ella implica: su riquísima carga añeja, actual y siempre potencial para cada uno de nosotros.

En Guanajuato, la palabra cultura no es privilegio de los que escriben bien o de los que cantan bien o de los que pintan muy bien, porque esa integración del personaje cervantino a la vida ordinaria de la ciudad se ha diversificado en múltiples formas y estilos y les ha impartido la propiedad más amplia de los castillos de luz y de las celebraciones, como la que nos convoca.

Si el vasto número de lectores que hoy tiene el *Quijote* en todo el mundo — acrecentado, sin duda, por la difusión que se ha dado al cumplimiento de los cuatrocientos años de su primera edición — comparten cada vez más este deseo de valerse de la manifiesta sabiduría del personaje, es fácil calcular el significado que tendrá en un ámbito y en una ciudad como ésta. Por algo se ha dicho que Guanajuato es la capital cervantina de América.

* Presentado en el XVI Coloquio Internacional Cervantino. Guanajuato, mayo de 2005.

** Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Dirección para correspondencia: rectoria@servidor.unam.mx.

La literatura no da respuestas

Lo que sigue son algunas reflexiones personales sobre el *Quijote*, enriquecidas con referencias de otros autores que lo han estudiado desde perspectivas diversas. Por lo pronto, diría que leer, o releer, un libro como éste es casi siempre entrar en un terreno de expectativas e interrogantes, explícitas o tácitas. Porque pienso que la literatura no nació para dar respuestas, tarea que corresponde más bien a la ciencia, sino para hacer preguntas, para inquietar, para abrir la inteligencia, la imaginación y la sensibilidad a las múltiples vertientes de la condición humana. Pero toda pregunta de este tipo —como tantas que nos plantea el *Quijote*— es siempre algo más que una pregunta. Pareciera estar probando una necesidad intelectual o afectiva, y, por eso, el hecho de encontrar una respuesta es menos importante que el haber sido capaz de vivir a fondo la pregunta, de avanzar con decisión por los caminos que tiende a abrir en cada uno de nosotros.

Sin duda, una de las primeras preguntas que nos surgen es la que se refiere a la locura o a la falsa locura de don Quijote, producto de su afición a los libros:

y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda la máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

Sabemos que don Quijote «pasaba las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio, y así, en fin, de mucho leer y poco dormir, con todo lo dicho, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio». Quien por mucho leer duerme poco es evidente que tiene tiempo para imaginar más. Alonso Quijano pudo o no haber perdido la razón. Lo que es claro es que sin su locura —sin la imaginación desbordada del ingenioso hidalgo— es poco probable que hubiera existido el caballero andante.

Habría que decir, además, que la vocación vehemente de don Quijote por la lectura lo vuelve un símbolo del libro mismo —objeto imprescindible para la cultura y la comunicación— y abre paso a esa noción fundamental en el campo literario según la cual tanto los escritores como los lectores finalmente se forman una sola imagen, la cual se contempla en el espejo de la palabra escrita y logra establecer un singular puente entre éstos y aquéllos. El producto de este contacto único, tan placentero como enriquecedor, es cada día más necesario en el desarrollo educativo y espiritual de nuestros pueblos. «Hay que tropezarnos a cada paso con un libro», aconsejaba el buen amigo Mauricio Achar,¹ librero quijotesco, por cierto.

El libro, lo sabemos, sigue siendo el mejor instrumento para el aprendizaje, pero también lo es para explorar zonas insospechadas de nuestra mente, para entender lo que nos ocurre, para interrogarnos sobre las causas por las cuales nos ocurre lo que nos ocurre y, muchas veces, también para encontrar nuevos caminos que nos ayuden a seguir adelante cuando nos sentimos frenados por circunstancias o factores negativos. «El Quijote enseña, pero también alivia y consuela», decía Unamuno.

Los riesgos de la lectura

Lo paradójico es que el libro mismo sea una novela que nos narra la historia de un hombre que, de tanto leer libros de caballería, perdió la razón. Parecería desprenderse de tal paradoja que la lectura, por lo menos la lectura de ciertas novelas, entraña riesgos. En la realidad, cabe recordar que los inquisidores españoles prohibieron que se publicaran o importaran diversas novelas en sus colonias, con el argumento de que «esos libros disparatados y absurdos podían ser perjudiciales para los indios». Por esa razón, los hispanoamericanos de esa época sólo leyeron ficciones de contrabando durante siglos, ya que la primera novela como tal no se publicó en México hasta 1816. Habría que recordar también que en el año de 1600, en vida de Cervantes, Giordano Bruno fue quemado por la Inquisición en Roma; y que en 1618, dos años después de la muerte del autor del *Quijote*, la Iglesia católica condenó oficialmente el sistema copernicano; y que en 1633 Galileo fue obligado a renunciar a sus ideas ante el Santo Oficio. Episodios, todos ellos, que nos obligan a reflexionar sobre cuánto han debido luchar los seres humanos contra los molinos de viento de la censura y la intolerancia, desde para leer novelas con tranquilidad hasta para reconocer que la Tierra gira en torno al Sol.

Hoy sabemos que las ficciones literarias, como las que nos muestra el *Quijote*, no son meras fabulaciones fortuitas o peligrosas, sino más bien una realización para su autor y una experiencia plena para sus lectores; porque, por delirantes que parezcan, hunden sus raíces en lo más profundo de la experiencia humana. Por creer que la realidad es como pretenden las ficciones, y por hacer oídos sordos a la sabia prudencia de los consejos de Sancho Panza, su fiel escudero, don Quijote sufre terribles quebrantos mentales. Pero ¿lo juzgamos por ello? Al contrario, su historia nos conmueve y lo admiramos. Su empeño imposible de vivir la ficción personifica una singular actitud idealista.

Víctor Hugo escribió que una de las experiencias más dolorosas era contraer la «pasión por lo imposible». Es cierto, puede resultar una pasión dolorosa, pero de ella, habría que agregar, también han nacido las más extraordinarias hazañas del espíritu humano, las obras maestras del arte y el pensamiento, así como la vocación vehemente por la lectura, por trasladarnos con la imaginación a otros mundos y a otros cuerpos. Ese traslado es, en cierta forma, una catarsis. Lo angustiante que puede ser a veces nuestra vida real, es decir, nuestra angustia vital, se abre para vivir imaginariamente otras experiencias, que la ficción vuelve nuestras. Porque la vida real nunca ha sido ni será bastante para colmar todos los deseos humanos. Y porque sin esa insatisfacción vital de la «pasión por lo imposible» para muchos sería difícil encontrar un auténtico equilibrio. La necesidad de imaginar, de fabular, de adentrarse en los terrenos —físicos y mentales— más insospechados y desconocidos es consustancial a la condición humana.

Libro de texto para los médicos

Por eso el *Quijote* ha tenido una amplia influencia en muchas de las disciplinas que incursionan en el conocimiento

humano, y la medicina no podía ser una excepción. Paul Ehrlich, bacteriólogo alemán galardonado con el Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1908, tuvo el siguiente diálogo con uno de sus discípulos:

DISCÍPULO: Maestro, dígame cuál es el libro de medicina que condense todo el saber que debo conocer para ser un buen médico, que me haga comprender el sufrimiento humano en su sentido más profundo, el dolor más agudo, pero también la fortaleza y las mayores alegrías a que un hombre puede aspirar. Dígame, maestro, para alcanzar esta meta en mis estudios, ¿qué libro me recomienda, usted que conoce todos los buenos libros de medicina?

MAESTRO: Es muy sencillo, amigo mío. Lee con atención *El Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes. Ahí encontrarás lo más fundamental que necesitas para alcanzar tu meta como médico.

Esta recomendación de Ehrlich no es la única en su tipo. A Thomas Sydenham se le atribuye una afirmación semejante a la pregunta sobre qué libro de medicina aconsejaba a sus estudiantes, episodio que recoge en uno de sus escritos más difundidos el psiquiatra cartagenero Félix Martí Ibáñez: «Estoy convencido de que la lectura recreativa puede tener el valor de enriquecer y complementar nuestra educación profesional como médicos. Simplemente, recuérdese el inmortal consejo de Thomas Sydenham a uno de sus discípulos más aventajados, al preguntar éste que debía leer para ser un buen médico. “Lea el *Quijote* —le contestó—, es una obra de lo más completa sobre el conocimiento humano en general”».

No tengo duda: leyendo el *Quijote* puede aprenderse medicina, ayer, hoy y siempre. Viene también a cuento, en este orden de ideas, lo dicho por don Santiago Ramón y Cajal: «Más de una vez me he preguntado por qué hizo Cervantes loco a su personaje. Tal vez porque lo sublime no es, al fin y al cabo, sino una forma de locura. A través de las incoherencias de un loco, es posible presentir fragmentos de otro mundo más en armonía con nuestra ansia de ideal».

No en vano sabemos que don Quijote era ingenioso, de feliz memoria y tan erudito que poseía todas las ciencias de un caballero andante: teología, leyes, medicina, botánica, astronomía, matemáticas e historia, entre otras. Al darnos a conocer al hombre por fuera y por dentro, sano y enfermo, la novela de Cervantes sienta las bases de una unión particular entre la medicina y la literatura, con una especial repercusión en la psicología.

Freud y la puerta falsa

Sigmund Freud, quien no sólo fue un gran lector, sino él mismo un gran escritor, hasta el grado de haber sido galardonado con el Premio Goethe de literatura, en una carta de mayo de 1923 le escribe a su traductor al español, Luis López Ballesteros y de Torres: «Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal “Don Quijote” en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Gracias a esta afición juvenil puedo ahora —ya en

edad avanzada— comprobar el acierto de su versión española de mis obras».

En todo caso, Freud reconoció que, antes que él, el inconsciente lo habían descubierto los poetas. «La influencia en mí de la literatura me obliga a estar dispuesto —y lo estoy— a renunciar a toda prioridad en aquellos frecuentes casos en los que el psicoanálisis no hace más que confirmar la visión intuitiva del poeta».

Quizá el pasaje del Quijote que se ha prestado a más interpretaciones de tipo psicológico aparece en el segundo capítulo de la primera parte:

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer. Y así sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo.

¿Por qué don Quijote sale con tanta precaución por la puerta falsa del corral? Bien pudo emprender sus andanzas por la puerta principal de su casa. Hasta ese momento se considera un hombre normal y, ciertamente, ésa sería la salida lógica para alguien que se va de aventuras; además, se dice, es de madrugada; cabe suponer, entonces, que nadie lo estaría viendo.

Al respecto nos dice Unamuno: «¡Singular ejemplo de humildad al salir por esa puerta! Pero el caso es que por cualquier puerta se sale al mundo. Cuando uno se apresta a una hazaña tal, no debe pararse en por qué puerta ha de salir».

El escritor venezolano José Balza tiene una interpretación más aguda: «Quien sale por la puerta falsa del corral no es solamente don Quijote personaje. Por esa puerta falsa sale también y para siempre —a una vida errante que llega hasta hoy— la novela como cuerpo de ficción, como cuerpo de creación, como cuerpo de exploración humana».

Hay, por supuesto, quienes piensan que esa puerta falsa puede ser una alusión inconsciente del personaje y de su autor, algo que nos remite directamente a la facultad de la poesía para adentrarse en las zonas más oscuras de lo humano. Sin remedio, bajo su apariencia organizada y racional, una buena novela siempre ofrece materiales que proceden de los fondos secretos de la personalidad de su autor. A ese involucramiento total, inseparable del creador, en el acto mismo de inventar, debe la literatura su intuición y su perennidad.

Hay otra alusión en la novela, unas líneas más adelante, en la que también vale la pena detenerse:

En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armi-

ño; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Si tanto se ha cuidado don Quijote de salir por la puerta trasera y de que no noten su salida, apenas avanzado un poco decide subordinar su destino a Rocinante. Que sea el caballo quien decida su ruta. Aquí hay por lo menos una metáfora sobre el personaje y sobre la creación literaria. No solamente son el cálculo y la inteligencia racional los que señalan la ruta de la creación; son también los impulsos menos claros, aparentemente más sueltos, los que pueden llevar a la poesía a sus más altas cimas.

Unamuno confirma en esta decisión del caballero su heroico espíritu, que «igual habría de ejercerse en una que en otra cualquier aventura, en todo aquello que Dios tuviese a bien repararle»; en tanto que, una vez más, José Balza ve una relación entre ese pasaje y el inconsciente: «Cervantes no había leído a Freud, y sin embargo eso es Freud». El caballo es quien conduce y el jinete puede o no tener advertencia de ello. Pero, en todo caso, no habría que olvidar que en la aventura la realidad del sueño y del deseo se sobreponen.

José Saramago ha sugerido, por su parte, que imaginemos por un momento que don Quijote no está loco, que simplemente finge locura y que se obligó a cometer las acciones más disparatadas para que los demás no tuvieran ninguna duda acerca de su locura. Esa genial ambición de Cervantes — continúa Saramago — le permitió a don Quijote abrir la cuarta puerta que le estaba faltando: la de la libertad.

Melancolía de una época

Los primeros tratados sobre la locura en España se publican precisamente en los primeros años del siglo XVI, varios de ellos procedentes de Italia. Pensemos en Erasmo de Rotterdam, que compuso el famoso *Elogio de la locura* para ensalzar la locura según los principios cristianos, en contraposición a la verdadera y terrible locura material y política de su época. Por otra parte, la idea de la melancolía adquiría un carácter más definido, y un rasgo recurrente de ella era la propensión a la imaginación nocturna con cierta angustia. ¿Habrá en Cervantes una cara melancólica, producto de su propia biografía y de la época que le tocó vivir? Una posible explicación puede encontrar su raíz en el gran desengaño que sufrieron los españoles del Siglo de Oro al ver cómo sus antiguos ideales caían uno a uno frente a una nueva realidad.

El oscuro funcionario que se ganaba la vida en un oficio ingrato como recaudador de impuestos, que dio con sus huesos en la cárcel a causa de su mala aritmética, se sabe lo más opuesto a un héroe. ¿Habrá nostalgia del soldado que fue en otro tiempo? El viejo, pobre y triste autor de una novela disparatada, concebida detrás de los barrotes, algo de melancólico podía tener. Sus compañeros mutilados, que ayer peleaban contra el turco, mendigaban en las puertas de las iglesias; y los grandes aventureros del siglo XVI habían envejecido o muerto, se mataban entre ellos o eran ahorcados por la justicia real.

No en vano Fernando Díaz-Plaja describe la psicología del soldado español de los siglos XVI y XVII como «convencidos de estar en posesión de la verdad eterna por su religión y de pertenecer, por cuna, al mejor de los países posibles». Por su parte, Ramiro de Maeztu percibió en el *Quijote* «la melancolía que un hombre y un pueblo experimentan al desengañarse de su ideal».

A América, por ejemplo, venían en esa época funcionarios menores, misioneros y aventureros. A Cervantes ni siquiera le permitieron probar fortuna por nuestras tierras. «Mejor busque por acá en qué se le haga merced», le dicen. ¿Qué habría sucedido si Cervantes se hubiera venido a probar fortuna a nuestra América? Seguramente no habría escrito el *Quijote*. Curiosa paradoja: sin saberlo, Felipe II le hizo un valioso favor al propio Cervantes, a la literatura y al mundo entero.

¿Alguien más tendría que haber escrito el *Quijote*?, es una pregunta que da vértigo. ¿Qué hubiera sido de nuestro mundo sin los personajes — reales y de ficción — que tanto nos fascinan? ¿Por qué, cabe preguntarse, en el mismo año de 1605 nacen Don Quijote, el Rey Lear y Macbeth? ¿Por qué mueren en el mismo año Cervantes y Shakespeare? ¿Por qué coinciden en la misma época, en la misma ciudad y algunos hasta en la misma calle, Cervantes, Góngora, Lope de Vega, Quevedo y Juan Ruiz de Alarcón?

La justicia es posible

Por todo esto — y por muchas razones más — la psicología de don Quijote rechaza las etiquetas, como las rechaza cualquier personaje literario complejo y multidimensional. Como ha escrito Carlos Fuentes en uno de los mejores ensayos sobre el tema, «don Quijote, el loco, está loco no sólo porque ha creído cuanto ha leído. También está loco por creer, como caballero andante, que la justicia es su deber, que la justicia es posible».

Cuando don Quijote sale al mundo armado con las potencias de la fe en esa justicia, de alguna manera ya ha sublimado su locura y ha decidido desafiar al mundo con las potencias de la imaginación: hacer de los sueños una realidad e instalarse en la «pasión por lo imposible», donde encuentra el territorio de su aventura. Todos esos libros de caballería que ha leído durante sus desvelos nocturnos, de aislamiento y de absorción, antes del inicio de la novela, estallan en el momento en que decide convertirse en el último de los caballeros y por lo tanto en el caballero por excelencia. Don Quijote cierra aquel universo medieval, poblado de pecados, demonios e inquisidores, para abrirlo hacia la modernidad, a la comprensión de lo humano y su verdadera trascendencia: el amor, la belleza, el altruismo, la creatividad; es decir, lo estrictamente humano en su sentido más amplio y profundo.

La locura de don Quijote es, en todo caso, la manifestación del genio de un escritor capaz de crear un personaje que cala en lo más profundo de nuestro ser, que pone al descubierto lo maravilloso y contradictorio de la mente y que lo proyecta con extraordinario talento literario. Es, en suma, el humanismo en una de sus mejores expresiones.

Nota

^a Mauricio Achar (México, D. F., 1937-2004) fundó las librerías Gandhi, de gran éxito en México.